



Fronteras de género

Dolores Juliano

(Publicado en *Las que saben. Subculturas de género*, Horas y horas, Madrid, 1998.)

El modelo del emigrante heroico

El modelo de héroe se relaciona en nuestra época con la figura del artista, a través de cierta cantidad de rasgos asignados, y de una trayectoria imaginaria que lo lleva desde el anonimato a su consagración (Vargas, 1996). Pero la idea del trayecto o recorrido que configura la heroicidad no se limita a este campo. Filomena Silvano (1990) señala que en sus entrevistas a emigrantes portugueses retornados a su lugar de origen, resultan reiterativas en el relato ciertas etapas que configuran un modelo que puede identificarse con el recorrido de los protagonistas de los relatos maravillosos analizados por Propp (1972). En ambos se parte de una situación de necesidad o carencia en el lugar de origen que obliga a emprender el viaje iniciático. En su transcurso pruebas diferentes deben ser superadas (pobreza, incomprensión, temor a lo desconocido, lengua extraña en el caso de los inmigrantes). Cada prueba superada se simboliza en la adquisición de trofeos que permiten hacer visible u objetivable el triunfo (TV, coche, casa) y el éxito se confirma en la vuelta al hogar, pero dentro de una posición social diferente y superior a la de partida, y con los elementos que compensan las carencias iniciales.

Este modelo de triunfo (en su versión portuguesa, o en la imagen del «indiano» cantada en las zarzuelas) corresponde a la idea masculina de héroe, y su materialización más visible: la ampulosa casa de los emigrantes retornados resulta una afirmación de virilidad, adornada frecuentemente con una torre que desafía a la de la iglesia, y que tiene el mismo simbolismo fálico, o con altas palmeras que recubren el mismo campo semiótico.

En este contexto la mujer es parte del mensaje y no su emisor. Complementa la figura del emigrante varón, ya sea que éste vuelva rico a casarse con una mujer de su pueblo de origen (como relata el argumento de «Los Gavilanes»), o que ella haya compartido desde el comienzo la aventura de la inmigración (como se da en los casos estudiados por Silvano) o sea una extranjera traída como un trofeo desde tierras extrañas. En todos los casos la mujer muestra con su presencia y sus adquisiciones, el estatus alcanzado por el hombre. Aun en los casos en que ella también ha emigrado y compartido las aventuras, es vista en el lugar socialmente asignado a la esposa del «héroe»: constituye para la mirada social «el reposo del guerrero», y no la protagonista de una aventura heroica propia.

Las viajeras

Es un campo interesante de investigación analizar al respecto los discursos de las mujeres que han emigrado solas, y cómo legitiman su partida y su regreso, lo que además permite ver qué diferencias hay entre su forma de representación del triunfo con respecto a las masculinas. Esto es importante porque el repertorio de símbolos heroicos a su alcance es distinto y menor que el que disponen los hombres, y por otra parte puede dudarse incluso que puedan disponer de un modelo arquetipo de heroicidad que les sirva para legitimar sus acciones u otorgarles significado.

El discurso social relacionado con las mujeres inmigrantes —por ejemplo el que se vehicula a través de los medios de comunicación— difiere sustancialmente del que se refiere a los hombres. La fundamentación general de la partida no suele buscarse en carencias vividas individualmente sino en las sufridas por su entorno familiar. En relación con el modelo de abnegación y servicio socialmente asignado, no se espera que la mujer actúe por motivaciones egoístas propias (derecho que sí se atribuye a los hombres) sino por solidaridad (buscar sustento para sus padres o para sus hijos). En la lectura de sus avatares, también se subraya un aspecto diferente: las pruebas no se enuncian como preámbulo del triunfo sobre ellas, sino como subrayado de su sacrificio e indefensión, y el mérito asignado se asemeja mucho más a la palma del martirio que a la coronación de la victoria.

Sin embargo, las mujeres no forzosamente tienen una imagen victimizada de ellas mismas, y con frecuencia desarrollan modelos positivos de autovaloración. Como en el caso de los hombres también el modelo arquetipo puede coincidir con el de los cuentos, pero precisamente el de los cuentos de hadas, transmitidos y reelaborados tradicionalmente por vía

«Se produce una redefinición de las fronteras de género. Mientras que su progresiva disolución se ve como un símbolo de occidentalización, los países que se enfrentan a Occidente lo hacen revitalizando sus fronteras de género y sus mecanismos de discriminación contra las mujeres».

femenina. En contraposición con el modelo de continuidad en el mismo sitio, que a través de la patrilinealidad y patrilocalidad lleva al hombre a pensar que el único triunfo posible consiste en volver al lugar de origen a continuar su linaje en mejores condiciones; la misma lógica basada en la experiencia social de abandono de la familia de orientación para constituir la de procreación en el ámbito geográfico del marido, acostumbra a las mujeres a pensar que su lugar es aquél en que se encuentran mejor. No tienen linaje que continuar en la medida en que no transmiten pertenencia, por consiguiente su objetivo no es regresar a establecerse, mostrando simbólicamente su triunfo en construcciones permanentes sino establecerse donde triunfan, muchas veces a partir de la hipergamia. Por eso, si el discurso más significativo de analizar es el del inmigrante que regresa a su lugar de origen, como ejemplo del proceso completo, con relación a las mujeres la vuelta es accesorio y el recorrido queda completo con el triunfo en el lugar de llegada.

En el caso de las mujeres emigrantes dominicanas a España analizadas por Carmen Gregorio (1996), se puede ver que desarrollan dos estrategias diferentes al respecto, según que ya estén casadas en el momento de emigrar (en cuyo caso vuelven al lugar de origen, e invierten el dinero reunido en pequeñas empresas familiares) o si han emigrado solteras. En esta última situación el objetivo es casarse en España y permanecer aquí.

Es muy interesante constatar que aunque la emigración se realiza como parte de una estrategia familiar, las mujeres estudiadas desarrollan sus propias opciones de reagrupamiento y priorizan pagar el viaje a hijas y hermanas, antes que a los miembros hombres de su familia. De esta manera si bien las primeras emigrantes retornan, y pierden en Santo Domingo el prestigio adquirido por su aporte económico, volviendo a su estatus anterior, abren la puerta a una nueva oleada de mujeres emigrantes más jóvenes que mejorarán su posición social instalándose en el lugar de acogida.

El tema merece estudios específicos, especialmente si intentamos entender la emigración latinoamericana, caracterizada por contar con mayor número de mujeres que de hombres. Del total de inmigrantes residentes en España en 1994, el 52,8% eran hombres y el 47,2%, mujeres, con una tendencia a la equiparación de las cifras. Si desglosamos por áreas podemos ver que la migración latinoamericana está compuesta mayoritariamente por mujeres (57,3%) e incluye algunos colectivos como la migración dominicana, en que las mujeres constituyen el 84%. Tam-



bién son mayoría en sus respectivos colectivos las peruanas y colombianas. Otro grupo importante de mujeres inmigrantes está formado por las filipinas con el 67% de la población de ese origen. Pero pese a que las africanas constituyen un porcentaje menor de una inmigración formada en un 73,8% por hombres, en números absolutos las mujeres marroquíes (17% de ese colectivo) son el sector más numeroso de la migración femenina. Este análisis pretende solamente señalar que para entender el proceso migratorio actual es necesario desarrollar modelos interpretativos diferentes de los que se han utilizado para explicar la emigración cuando ésta se conceptualizaba como predominantemente masculina.

Las mujeres inmigrantes

A lo largo del siglo XIX, 29 millones de europeos se establecieron en América. Con cantidades decrecientes, esta emigración europea se mantuvo hasta la década pasada. Pero después de la segunda guerra mundial, la agresiva economía capitalista necesitaba más brazos y organizó una corriente en sentido inverso. Gente del Tercer Mundo comenzó a trabajar en Europa, acompañando los desplazamientos inter-europeos que se producían desde las zonas menos industrializadas a las más desarrolladas.

Los desplazamientos de población han afectado en los últimos cincuenta años a 220 millones de personas. Invertiendo la corriente migratoria tradicional, que estaba constituida principalmente por europeos, las nuevas migraciones movilizan mayoritariamente a personas provenientes del Tercer Mundo, empujadas por la pobreza o por la violencia política de sus países de origen. Contrariamente a la

idea difundida de una migración predominantemente masculina, los movimientos de población actuales implican el desplazamiento de una cantidad semejante de hombres y de mujeres. Discriminadas en su lugar de origen y con menos posibilidades de acumular capital y capacitación laboral, las mujeres inmigrantes sufren además una discriminación específica en los países donde logran establecerse.

Aunque el número de inmigrantes de ambos géneros presenta en la actualidad cantidades sensiblemente

iguales, persiste la invisibilidad del sector femenino, como consecuencia de estereotipos discriminatorios profundamente arraigados. Particularmente las inmigrantes extracomunitarias suelen acumular una triple desvalorización: de género, étnica y económica. Esto permite configurar las conductas que se desarrollan en relación a ellas como un test de prueba para medir la «amplitud y límites de la tolerancia» de la sociedad receptora.

Pese a su importancia numérica este sector resulta poco visible, hasta el punto de que a las jornadas realizadas en Barcelona en 1994 pareció conveniente titularlas: «Les Dones immigrants desafien llur invisibilitat». El fenómeno no es nuevo, Borderías (1993) señala que para las migraciones internas que se dirigieron a Cataluña con anterioridad también imperaba una interpretación del proceso como fundamentalmente masculino, pese a que las mujeres iniciaban en muchos casos y en otros diseñaban y apoyaban las estrategias migratorias.

En España, algunos colectivos de mujeres inmigrantes como el formado por las filipinas, se dedican preferentemente al servicio doméstico, mientras que otros son movilizados para ejercer la prostitución. En general cubren los huecos laborales peor pagados con menos prestigio social, aquellos trabajos que las mujeres europeas rechazan por ser emblemáticos de la discriminación de género. Así, al emigrar las mujeres, si bien pueden conseguir ingresos algo superiores a los de sus comunidades de origen, no logran en cambio disminuir su explotación ni mejorar su estatus ya que se transforman en las herederas de la misoginia de la sociedad receptora.

En los casos en que la migración es mayoritariamente masculina (como sucede con los africanos) las mujeres que permanecen en el lugar de origen deben acumular sobre sus espaldas la atención de niños y enfermos y gran parte de las tareas que antes podían compartir con los hombres. Meillasoux (1978) ha estudiado que esta sobrecarga laboral de las mujeres permite disponer de la fuerza de trabajo africana por debajo de su coste de autorreproducción. Es decir, que se puede pagar salarios miserables a los hombres porque las mujeres asumen una parte importante del esfuerzo de la obtención de alimentos. La explotación de unos se acompaña de la sobreexplotación de las otras. Su invisibilidad social hace que generen menos agresividad explícita en su contra, pero no es casual que algunos de los atentados más graves producidos en España, Francia y Alemania contra grupos inmigrantes hayan ocasionado víctimas preferentemente entre las mujeres. También padecen en mayor medida la discriminación legal y laboral.

Pese a estas trabas, los programas de apoyo y promoción dirigidos a este sector han sido evaluados como más productivos a medio y largo plazo que los dirigidos a los hombres inmigrantes por lo que se está desarrollando una tendencia a tener en cuenta las mujeres en las políticas referentes al sector. La nueva atención implica también nuevos riesgos, entre los cuales no es el menor la recaída en conductas asistenciales y caritativas.

Las fronteras posmodernas

Estamos ante una progresiva disolución de los límites de los Estados tradicionales. Desde el punto de vista del feminismo esta transformación sólo puede ser vista como positiva, e incluso podemos preguntarnos si los símbolos femeninos de la bandera de la Europa unificada: tela celeste con círculo de estrellas inspiradas en el manto y la corona de estrellas de la Inmaculada Concepción no pueden ser algo más que un lapsus freudiano, y hablar del derrumbe simultáneo de las fronteras nacionales y las de género.

Pero analizando la situación con más detalle, vemos que no hay muchos resquicios para el optimismo. Las severas leyes de extranjería votadas por todos los miembros de la Comunidad Económica Europea, como condición implícita para su integración nos muestran que las fronteras no se han difuminado, sino que se han desplazado. No circunscriben ahora Estados aislados sino conjuntos de países con intereses económicos comunes, cada vez más separados y enfrentados con respecto a los que quedan afuera. Se delimita el mundo tri-polar de los ricos y se refuerzan sus fronteras con respecto al mundo atomizado de los pobres.

Se produce también una redefinición de las fronteras de género. Mientras que su progresiva disolución se ve como un símbolo de occidentalización, los países o grupos de países que se enfrentan a Occidente como los países islámicos, lo hacen revitalizando sus fronteras de género y sus mecanismos de discriminación contra las mujeres. Pero incluso en Europa, las nuevas fronteras trazadas son al mismo tiempo líneas blindadas contra los inmigrantes pobres y fronteras de género. Sospechosas de dedicarse a trabajos ilegales y de procrear en el seno del mundo rico pequeños que muestren en sus pieles oscuras que el tercer mundo existe, las mujeres tienen mayor cantidad de barreras a la inmigración que los hombres y se desarrollan sobre ellas estereotipos más desvalorizadores (se las considera ignorantes, sumisas, resignadas e hiper-religiosas) aunque suscitan menor agresividad.

Nuevas fronteras, nuevos problemas, nuevas posibilidades de discriminación, nuevas excusas para que algunos sectores acumulen poder y privilegios, nue-

vas legitimaciones para la militarización. Las mujeres, en tanto que sector, tenemos poco que ganar con ello. Desde una perspectiva feminista sólo una sociedad en la que los límites entre los distintos sectores fueran fluidos y que entendiera las diferentes reglas de juego como estrategias flexibles de comunicación podría marcar una ventaja sustancial con respecto a las sociedades anteriores. De momento algunas feministas, como Haraway (1995), ponen su esperanza en la construcción de un «otro lugar» imaginado según los patrones de la ciencia ficción:

«Este 'otro lugar' adquiere existencia debido al movimiento feminista arraigado en la especificación y en la articulación, no en 'identidades' comunes ni en la suposición de un derecho o de una habilidad particulares de 'representar' a nadie. Lo 'particular' del movimiento feminista no trata del individualismo liberal ni de un aislamiento desolador de diferencias sin fin, y mucho menos, de rechazar las esperanzas de un movimiento colectivo. Pero los medios y los procesos del movimiento colectivo deben ser imaginados y puestos en práctica según nuevas geometrías. Es por eso por lo que encuentro que las lecturas y la escritura de ciencia ficción son tan útiles para la teorización feminista» (p. 187).

